



Comentario bibliográfico

Juan Luis Hernández, coord. *La revolución boliviana en la prensa de Buenos Aires (1952-1964)* (Buenos Aires: Newen Mapu, 2019).

Franco Giuliano

*Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires
francogiuliano8@gmail.com*

*Fecha de recepción: 23/10/2019
Fecha de aprobación: 07/12/2019*

La revolución boliviana en la prensa de Buenos Aires (1952-1964) es un libro coordinado por Juan Luis Hernández cuyo objetivo es analizar cómo la prensa argentina contemporánea recepcionó el proceso revolucionario ocurrido en el país vecino en 1952, de acuerdo con las diferentes ideologías e intereses que cada diario representaba. La obra se propone además estudiar los vínculos que la revolución boliviana mantuvo con otros procesos políticos latinoamericanos, lo cual no ha sido suficientemente investigado hasta ahora, de acuerdo con las y los autores.

El libro se estructura en dos partes. En la primera, que está compuesta por tres capítulos, se reflexiona sobre las complejas relaciones entre memoria/historia y fuentes escritas/fuentes orales, se traza un breve recorrido histórico del período 1952-1964 y se esboza una aproximación a la bibliografía que lo estudia. En la segunda, compuesta por siete capítulos, se exponen los re-

sultados de la investigación, abordando cada capítulo un eje temático diferente: la insurrección de abril, las milicias y el poder militar, la nacionalización de la minería, la reforma agraria, los conflictos y tensiones al interior del proceso revolucionario, los vínculos con Estados Unidos y, por último, la relación con el peronismo argentino.

En el primer capítulo se examina el proceso que originó el primado de la escritura por sobre la oralidad como fuente de la historia. A continuación, se reflexiona sobre la historia oral, si debe ser considerada un método al servicio de la disciplina historiográfica o una nueva manera de hacer y ver la historia, concluyendo que es posible considerarla como potencial fuente de la historia, a condición de garantizar el desarrollo de las correspondientes precauciones metodológicas. Por otro lado, se analizan los diferentes tipos de memoria: memoria individual y memoria colectiva, memoria encuadrada y memoria subterránea. Como conclusión general se resalta que la memoria es un espacio en disputa constante, lo cual representa un desafío para los historiadores por la relación entre historia, trabajo historiográfico y memoria.

El capítulo dos efectúa un recorrido histórico sobre los acontecimientos que los autores consideran de mayor importancia de la revolución boliviana. El recorte temporal realizado comienza en el mes de abril de 1952, cuando se produjo el triunfo de la insurrección encabezada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y se extiende hasta el año 1964 cuando se consuma un golpe de Estado que desplaza a ese partido del poder. Se destaca el rol fundamental que jugaron los trabajadores bolivianos, en particular los mineros, en el triunfo de la insurrección. Ello se debía a que, si bien la misma se había iniciado a causa de un levantamiento armado dirigido por el MNR, fue a partir de que los mineros se hicieron presentes en La Paz provistos con cartuchos de dinamita que se definió la lucha en favor del movimiento insurrecto. Junto a ello, se abordan las principales medidas que dieron el contenido fundamental de la revolución de 1952 y lo que se conoció como cogobierno entre el MNR y la Central Obrera Boliviana (COB). Por último, se examinan las contradicciones que existían al interior de la alianza gobernante entre los sectores conservadores representados por el MNR, que buscaban limitar las reformas sociales, y aquellos que presionaban por reformas que modificasen la estructura social boliviana representados en la COB.

De acuerdo con los autores, esa disputa se resolvió a favor de los grupos conservadores, lo cual se plasmó en el golpe de Estado de 1964.

El tercer capítulo propone una aproximación a un estado de la cuestión sobre las diferentes obras dedicadas al estudio de la revolución boliviana. Se ofrece un análisis detallado de las diferentes ideologías y corrientes historiográficas desde las cuales se investigó el tema. Se señala que las primeras interpretaciones correspondieron a los protagonistas de los acontecimientos lo que luego se modificaría, generándose interpretaciones de índole académica.

Luego, se da inicio a la segunda parte de la obra en donde se encuentran el resto de los capítulos que corresponden a los diferentes ejes sobre los cuales las y los autores llevaron a cabo su investigación. Antes de ello, se presentan los medios gráficos relevados y se detallan las características que presentan las fuentes hemerográficas, y las precauciones que se deben tener al momento de su análisis. De acuerdo con sus intereses, los periódicos toman decisiones de inclusión, exclusión y jerarquización sobre los hechos y conflictos noticiables, por lo cual es vital conocer las principales características, ideologías e intereses. En lo que respecta a su investigación en particular, las y los autores indican que para poder comprender cómo los medios gráficos percibieron y noticiaron la revolución boliviana, es indispensable tener en cuenta el contexto argentino, atravesado por el peronismo, que había generado un parteaguas social que se reflejaba en la prensa de la época.

En el cuarto capítulo, Juan Martirén propone indagar sobre la recepción de los primeros tres días de insurrección en la prensa de Buenos Aires con la finalidad de dar cuenta de la información sobre el proceso boliviano con la que contaba un ciudadano de Buenos Aires en esos días. Su hipótesis es que el relato que prevaleció sobre los hechos es la versión oficial desplegada por el MNR, que ocultaba el rol fundamental de los trabajadores mineros en la concreción del triunfo del levantamiento armado. Para demostrar su hipótesis examina la cobertura que los diarios *La Razón*, *Crítica*, *El Laborista* y *La Nación* realizaron sobre los acontecimientos. A partir de ese examen, señala que la mayoría de los periódicos pusieron los acontecimientos en nota de tapa, lo cual demuestra la relevancia otorgada. El autor considera que, si bien en los relatos sobre el triunfo revolucionario se menciona que fue importante la participación del pueblo en general, en ningún momento

se menciona el rol de los trabajadores mineros en el desenlace del conflicto. La excepción a ello serían los diarios *Crítica* y *El Laborista*, pues una vez producido el triunfo del alzamiento, sí mencionan el rol destacado de los obreros mineros. Como conclusión se realiza una interesante observación acerca de la utilización y conceptualización que la prensa relevada efectúa de la categoría de “revolución”, término que a veces es reemplazado por el de “golpe de Estado”. Ello es atribuido a que “revolución” es asociado por estos medios a todo cambio de gobierno que no se circunscriba a una transición electoral, lo cual provendría de la matriz de pensamiento político “liberal” con la que explican los procesos político-sociales.

En el capítulo cinco Ivanna Margarucci se centra en el tema del monopolio de la fuerza en Bolivia, luego del triunfo de la insurrección de abril de 1952. Señala que a causa del rol central que tuvieron las milicias obreras en el triunfo del levantamiento armado, se trastocó el monopolio de la violencia física legítima, ya que ellas fueron quienes derrotaron al ejército boliviano quedando este último desarticulado. Desde el inicio de la presidencia de Víctor Paz Estenssoro se produjeron tensiones entre sectores moderados del MNR, que buscaban recomponer las Fuerzas Armadas bajo nuevos valores que las alejaran de la intervención política, y los trabajadores —representados por la COB— quienes deseaban liquidar definitivamente a la institución militar como única forma de garantizar el desarrollo del nuevo proceso político que se iniciaba. La autora se pregunta si esa tensión dentro del bloque de gobierno aparece mencionada en la prensa de Buenos Aires. Sostiene que diarios como *La Nación* y *Clarín* reconocían las diferencias existentes pero en relación con lo que esos medios consideraban cuestiones más urgentes, como la disolución de las milicias populares y la nacionalización de la minería. En cuanto al tema del ejército, aparecía la imagen de un gobierno unido. A la prensa argentina le generaba gran preocupación el hecho de que los sectores trabajadores estuvieran armados y por ello hacían hincapié en la necesidad de que fuesen desarmados por el gobierno. El poder de las milicias, que se veía reflejado en la prensa de Buenos Aires, es lo que da sustento a la hipótesis de la autora: durante gran parte de la década de 1950 no existió en Bolivia un monopolio de la violencia física legítima. Ese monopolio se restableció a partir de la reconfiguración de lo que la autora denomina “nuevo ejército revolucionario”. El capítulo estudia cómo se fue gestando ese ejército y el rol trascendental que tuvo Estados Unidos en el proceso, al financiar y coordinar su formación mediante el apoyo a los sectores del MNR que lo

impulsaban. Una vez consolidado el ejército, se efectuó el golpe de Estado contra el gobierno del propio presidente Paz Estenssoro en 1964, convirtiéndose así en el verdugo de su propio creador y en uno de los máximos paladines de la lucha contrainsurgente en América Latina.

El capítulo seis de Anabella Barbieri y Javier Sebastián Rojas está dedicado a interpretar la manera en que los principales diarios de Buenos Aires dieron cuenta del proceso de nacionalización de la minería, que contó con un lugar preponderante en la mayoría de los periódicos relevados, independientemente de su signo político. Para ello, los autores toman tres ejes de análisis: la soberanía económica, la discusión en torno a las indemnizaciones y la creación de la Corporación Minera Boliviana (COMIBOL). En lo que refiere al eje soberanía económica, tanto *La Prensa* como *El Laborista* interpretaron la nacionalización de la minería como un hecho positivo y señalaron que mediante ella Bolivia había declarado su independencia económica, poniendo fin a la situación de esclavitud y semicolonias en la que se encontraba. Asimismo, comparaban la nacionalización de la minería y la de los ferrocarriles, efectuada en Argentina por el gobierno de Perón. Diferente recepción puede encontrarse en *La Nación* y *Clarín*, mucho más escépticos frente al proceso de nacionalización. *La Nación* expuso las denuncias presentadas por el MNR contra las empresas mineras, pero sin hacer foco en la soberanía económica o independencia política. En lo correspondiente al eje de las discusiones que se generaron en torno a la indemnización a las ex empresas mineras, los periódicos reflejan dos dimensiones del problema. Por un lado, se observa el debate entre el MNR y las empresas mineras: mientras el gobierno boliviano intentaba llevar tranquilidad a los accionistas estadounidenses afirmando que se iba a cumplir con las indemnizaciones, los empresarios mineros trataban de instalar la idea de que no se efectivizarían, para así lograr que los minerales exportados por Bolivia fuesen embargados. Por otro lado, en los medios se observaba la disputa que se originó al interior del propio gobierno entre Paz Estenssoro, que deseaba indemnizar y así evitar posibles conflictos con Estados Unidos, y Juan Lechín que, en tanto líder de la COB, bregaba por una nacionalización sin indemnización. En cuanto a la recepción por parte de los diarios de Buenos Aires de la creación de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), los autores destacan que no se profundizó sobre las posiciones discrepantes existentes entre la COB y el MNR. Dichas discrepancias se originaban en torno al tema del control obrero de la producción, por el que tanto presionaba la COB y que el MNR no deseaba garantizar.

Ariel Salcito y Guadalupe Torrijo Di Marco, en el capítulo siete, contrastan las diferentes temporalidades que maneja la historia como ciencia y la temporalidad de la prensa con el objetivo de abordar las relaciones entre textos concebidos desde lógicas temporales diferentes y, a veces, antagónicas. Para poder dar cuenta de la cobertura periodística que se realizó sobre la reforma agraria, los autores dividen al capítulo en tres ejes: el contexto previo al Decreto Supremo, la comisión de reforma agraria y la trascendencia atribuida a ella. En torno al primer eje, se plantea que la lucha campesina se dio de acuerdo a dos vertientes estratégicas representadas por el Valle Alto y el Valle Bajo del Departamento de Cochabamba. En las fuentes consultadas, los autores notaron la crítica a la movilización popular, el énfasis de los ataques campesinos a la propiedad privada y la caracterización de los campesinos como “indios” o “indígenas”. En relación con el segundo eje, se analiza la estructura productiva del agro boliviano previa a la reforma agraria, concluyendo que se caracterizaba por ser tradicional y casi “feudal”, apelativo utilizado por *El Laborista*, en el afán de buscar un significado compartido entre emisor y receptor. En cuanto al tercer eje, los autores observan que las publicaciones consultadas insisten en que la reforma agraria no implicaba un peligro para la propiedad privada, reflejando esta preocupación de los medios de comunicación la de los sectores sociales a los que representaban, acompañada por la intranquilidad por los enfrentamientos en el agro.

El capítulo 8, a cargo de Luciana Bianco y Lila Hassid, se centra en las disputas que se sucedieron al interior del bloque revolucionario entre el MNR y la COB. Estos conflictos se desarrollaron en torno a diversos temas: el carácter de la revolución, el vínculo con Estados Unidos, la nacionalización de las minas, la configuración del ejército y la reforma agraria. El capítulo se divide en apartados, que siguen esos cinco ejes, brindando datos fácticos sobre los motivos de disputa y sus reflejos en la prensa porteña de la época. Generalmente, estos periódicos analizaron esos conflictos, a excepción de *El Laborista*. Las autoras creen que podría deberse a la línea del diario peronista, que reivindicaba a la revolución y, por lo tanto, no quería asociarla al comunismo. Mientras el MNR intentaba separarse de esa línea ideológica y plantear la revolución como nacionalista, la COB tenía un discurso más clasista que, en el contexto de Guerra Fría, podía vincularse con el comunismo.

El capítulo nueve, escrito por Sonia Carabajal, Gabriela Castro y Julia Sturla, se ocupa de analizar los vaivenes ocurridos en la relación entre Bolivia y Estados Unidos, desde el triunfo de la revolución hasta el golpe de Estado de 1964, y cómo aparecen reflejados en la prensa de Buenos Aires. Se indica que los diarios porteños estuvieron pendientes de si el nuevo gobierno boliviano era reconocido por los Estados Unidos o no. Consideran que tal preocupación de la prensa se relaciona a los vínculos que la Argentina mantenía con la potencia del norte en el contexto de la Guerra Fría. Las autoras exponen que las relaciones entre Bolivia y Estados Unidos antes de la revolución estaban marcadas por la injerencia en la economía interna boliviana, mediante programas de asistencia financiados por organismos internacionales. El reconocimiento del gobierno del MNR por parte de Estados Unidos no fue inmediato, sino que, más bien, hubo escepticismo por la radicalidad política que representaba la revolución, manteniéndose expectante y reclamando que se garantizaran los pagos de indemnizaciones frente a la posible nacionalización de la minería. En ese contexto, las autoras destacan que *El Laborista* realizó una fuerte crítica a la actitud de Estados Unidos, denunciando las políticas imperialistas ejercidas en alianza con la oligarquía boliviana. Esa actitud denunciatoria de *El Laborista* no se observa en el caso de los diarios *La Nación* y *Clarín*, a consecuencia de la posición opositora que mantenían con el gobierno peronista y la caracterización que realizaban del gobierno estadounidense. Las autoras señalan que el reconocimiento del gobierno de Bolivia por parte de Estados Unidos se concretó cuando el MNR garantizó las indemnizaciones de las empresas mineras nacionalizadas, y sus principales referentes políticos como Paz Estenssoro y Siles Suazo declararon públicamente que su gobierno era anticomunista. No obstante, citan diferentes noticias aparecidas en los periódicos porteños en las cuales observan que los sectores sociales representados en la COB mantuvieron durante todo el período una actitud de hostilidad hacia lo que representaba el gobierno estadounidense, marcando así los límites a la intromisión.

El décimo y último capítulo del libro fue escrito por Damián Luppino y Guillermo Sánchez Maidana e indaga en los vínculos entre el gobierno peronista y el boliviano durante el período de gobierno del MNR. Los autores realizan un somero análisis de las principales características del gobierno peronista destacando el hecho de que, al momento de producirse la revolución en Bolivia, Perón estaba pronto a asumir su segundo mandato de gobierno, que sería interrumpido por

un golpe de Estado. Se apunta a definir el tipo de relación establecida entre Argentina y Bolivia, descartando la hipótesis de Loris Zanatta para quien el peronismo buscaba incorporar a Bolivia como un socio menor dentro del nacionalismo latinoamericanista de la “tercera posición”. Para los autores queda claro que las relaciones entre ambos países eran de ida y vuelta y no se puede entender al peronismo como un movimiento con pretensiones hegemónicas. A ello suman un análisis de los puntos en común que tenían ambos procesos y cómo ello se puede observar en la prensa de Buenos Aires de la época. Allí destacan que ambos procesos buscaban reflejar un perfil anticomunista alzando el lema de “justicia social” como la mejor forma de combatir el comunismo. También señalan un aspecto de disidencia entre ambos gobiernos, ya que se mostraban discursivamente diferentes respecto a la forma en que caracterizaban la posición de la potencia continental, teniendo Argentina posiciones de oposición y Bolivia favorables, como se remarca en el noveno capítulo del libro. Los autores llegan a la conclusión de que ambos países buscaron fortalecerse a partir de un vínculo cooperativo, pero de manera pragmática, que los llevó a mantenerse cerca en un momento determinado y luego a distanciarse. Por último, examinan la ayuda brindada por la Fundación Eva Perón que aparece referida en la prensa porteña, concretada durante los primeros meses post revolucionarios con el objetivo de asistir a los perjudicados en forma directa por los enfrentamientos de La Paz. Para los autores esa asistencia tenía como fin establecer lazos de fraternidad entre ambos procesos políticos y países.

En las conclusiones del libro se retoman las reflexiones iniciadas en el primer capítulo acerca de la trascendencia de la revolución en tanto hecho histórico y la interpelación por parte de la memoria y el silencio. El contexto determina la primacía de uno sobre otro y emerge la pregunta sobre quiénes recuerdan la revolución de 1952 en la actualidad. Para responder a esa pregunta se retoma el concepto de *memoria en disputa*, destacando que en el presente la revolución permanece como memoria subterránea, lo cual se debe a que el gobierno actual de Bolivia eligió otros procesos históricos para anclarse y proyectarse de cara al presente y al futuro. No obstante, la revolución de 1952, en tanto memoria, sigue ahí y aflora de tanto en tanto. En el cierre, se afirma que el trabajo realizado en el libro constituye una forma particular de recuperar la memoria de la revolución.